



W. G. & Co. Compositores

sé yo cómo templar esta clavija para que no subamos donde nos abrasemos." En esto, con unas estopas ligeras de encenderse y apagarse desde lejos, pendientes de una caña, les calentaban los rostros. Sancho, que sintió el calor, dijo: "¡Que me maten si no estamos ya en el lugar del fuego, ó bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado! y estoy, señor, por descubrirme y ver en qué parte estamos.—No hagas tal, respondió Don Quijote, y acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralva, á quien llevaron los diablos en volandas por el aire, caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó á Roma, y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vió todo el fracaso y asalto y muerte de Borbon, y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que había visto; el cual, asimismo, dijo que, cuando iba por el aire, le mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió, y se vió tan cerca, á su parecer, del cuerpo de la luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar á la tierra por no desvanecerse: así que, Sancho, no hay para qué descubrirnos; que, el que nos lleva á cargo, él dará cuenta de nosotros, y quizá vamos tomando puntas y subiendo en alto para dejarnos caer de una sobre el reino de Candaya, como hace el sacre ó neblí sobre la garza, para cogerla por mas que se remonte: y aunque nos parece que no há media hora que nos partimos del jardín, créeme que debemos de haber hecho gran camino.—No sé lo que es, respondió Sancho Panza; solo sé decir que, si la señora Magallanes ó Magalona se contentó destas aneas, que no debía de ser muy tierna de carnes." Todas estas pláticas de los dos valientes oían el duque y la duquesa, y los del jardín, de que recibían extraordinario contento; y, queriendo dar remate á la extraña y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires, con extraño ruido, y dió con Don Quijote y con Sancho Panza en el suelo, medio chamuscados. En este tiempo, ya se había desaparecido del jardín todo el barbado escuadron de las dueñas, y la Trifaldi y todo; y los del jardín quedaron como desmayados, tendidos por el suelo. Don Quijote y Sancho se levantaron maltrechos, y, mirando á todas partes, quedaron atónitos de verse en el mismo jardín de donde habían partido, y de ver tendido por tierra tanto número de gente; y creció mas su admiracion cuando, á un lado del jardín, vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente della y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el cual, con grandes letras de oro, estaba escrito lo siguiente:

*El ínclito caballero Don Quijote de la Mancha feneció y acabó la aventura de la condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, y compañía, con solo intentarla.*

*Malambruno se da por contento y satisfecho á toda su voluntad, y las barbas de las dueñas ya quedan lisas y mondas, y los reyes Don Clavijo y Antonomasia en*

*su pristino estado; y cuando se cumpliera el escuderil vápulo, la blanca paloma se verá libre de los pestíferos girifaltes que la persiguen, y en brazos de su querido arrullador, que así está ordenado por el sábio Merlin, protoencantador de los encantadores.*

Habiendo, pues, Don Quijote leído las letras del pergamino, claro entendió que del desencanto de Dulcinea hablaban; y, dando muchas gracias al cielo de que con tan poco peligro hubiese acabado tan gran fecho, reduciendo á su pasada tez los rostros de las venerables dueñas, que ya no parecían, se fué adonde el duque y la duquesa aun no habían vuelto en sí, y, trabando de la mano al duque, le dijo: "¡Ea, buen señor! buen ánimo, buen ánimo, que todo es nada; la aventura es ya acabada, sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito que en aquel padron está puesto." El duque, poco á poco, y como quien de un pesado sueño recuerda, fué volviendo en sí, y por el mismo tenor la duquesa, y todos los que por el jardín estaban caídos, con tales muestras de maravilla y espanto, que casi se podían dar á entender haberles acontecido de veras lo que tan bien sabían fingir de burlas. Leyó el duque el cartel, con los ojos medio cerrados, y luego, con los brazos abiertos, fué á abrazar á Don Quijote, diciéndole ser el mas buen caballero que en ningún siglo se hubiese visto. Sancho andaba mirando por la Dolorida, por ver qué rostro tenia sin las barbas, y si era tan hermosa sin ellas como su gallarda disposición prometia; pero dijéronle que, así como Clavileño bajó ardiendo por los aires y dió en el suelo, todo el escuadron de las dueñas, con la Trifaldi, habia desaparecido, y que ya iban rapadas y sin cañones. Preguntó la duquesa á Sancho, que cómo le habia ido en aquel largo viaje. Á lo cual, Sancho respondió: "Yo, señora, sentí que íbamos, segun mi señor me dijo, volando por la region del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pero mi amo, á quien pedí licencia para descubrirme, no lo consintió; mas yo, que tengo no sé qué briznas de curioso, y de desear saber lo que se me estorba y impide, bonitamente, y sin que nadie lo viese, por junto á las narices aparté tanto cuanto el pañizuelo que me tapaba los ojos, y por allí miré hácia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y, los hombres que andaban sobre ella, poco mayores que avellanas, por que se vea cuán altos debíamos de ir entonces." Á esto dijo la duquesa: "Sancho amigo, mirad lo que decís; que, á lo que parece, vos no vistes la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella; y está claro que, si la tierra os pareció como un grano de mostaza, y cada hombre como una avellana, un hombre solo habia de cubrir toda la tierra.—Así es verdad, respondió Sancho; pero, con todo eso, la descubrí por un ladito, y la ví toda.—Mirad, Sancho, dijo la duquesa, que por un ladito no se vé el todo de lo que se mira.—Yo no sé esas miradas, replicó Sancho; solo sé, que será bien que vuestra señoría entienda que, pues volábamos por encantamento, por encantamento podia yo ver toda la tierra, y todos los

hombres, por do quiera que los mirara; y si esto no se me cree, tampoco creerá vuesa merced cómo, descubriéndome por junto á las cejas, me ví tan junto al cielo, que no habia de mí á él palmo y medio, y por lo que puedo jurar, señora mia, que es muy grande además; y sucedió, que íbamos por parte donde están las Siete Cabrillas; y en Dios y en mi ánima, que, como yo en mi niñez fui en mi tierra cabrerizo, que, así como las ví, me dió una gana de entretenerme con ellas un rato; y, si no la cumpliera, me parece que reventara. Vengo, pues, y tomo, y qué hago: sin decir nada á nadie, ni á mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apeé de Clavileño, y me entretuve con las Cabrillas, que son como unos alhelies y como unas flores, casi tres cuartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar ni pasó adelante.—Y en tanto que el buen Sancho se entretenia con las cabras, preguntó el duque, ¿en qué se entretenia el señor Don Quijote?" Á lo que Don Quijote respondió: "Como todas estas cosas y estos tales sucesos van fuera del órden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice: de mí sé decir, que ni me descubrí por alto ni por bajo, ni ví el cielo ni la tierra, ni la mar ni las arenas. Bien es verdad, que sentí que pasaba por la region del aire, y aun que tocaba á la del fuego; pero, que pasásemos de allí, no lo puedo creer; pues, estando la region del fuego entre el cielo de la luna y la última region del aire, no podíamos llegar al cielo, donde están las Siete Cabrillas que Sancho dice, sin abrasarnos: y, pues no nos asuramos, ó Sancho miente, ó Sancho sueña.—Ni miento ni sueño, respondió Sancho; si no, pregunténme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad ó no.—Dígalas, pues, Sancho, dijo la duquesa.—Son, respondió Sancho, las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla.—Nueva manera de cabras es esa, dijo el duque; y por esta nuestra region del suelo no se usan tales colores, digo, cabras de tales colores.—Bien claro está eso, dijo Sancho; sí, que diferencia ha de haber de las cabras del cielo á las del suelo.—Decidme, Sancho, preguntó el duque: ¿vistes allá, entre esas cabras, algun cabron?—No, señor, respondió Sancho; pero oí decir, que ninguno pasaba de los cuernos de la luna." No quisieron preguntarle mas de su viaje, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasarse por todos los cielos, y dar nuevas de cuanto allá pasaba, sin haberse movido del jardín. En resolucion, este fué el fin de la aventura de la Dueña Dolorida, que dió qué reir á los duques, no solo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y qué contar á Sancho siglos, si los viviera; y llegándose Don Quijote á Sancho al oido, le dijo: "Sancho: pues vos quereis que se os crea lo que habeis visto en el cielo, yo quiero que vos me creais á mí lo que ví en la cueva de Montesinos; y no os digo mas."